

Ojalá Paula
de Mo de la Fuente

Diseño y fotografía de la cubierta
Javi de la Fuente

ISBN-13: 978-1480190771

A Josetxu, Eva y Hernán

Capítulo 1

Teclea nerviosa sobre una pantalla en blanco mientras ve como sus dedos se mueven sin objetivo alguno. Está haciendo como que trabaja, algo tan habitual en La Oficina que nadie, ni siquiera el jefe, le da la menor importancia. Paula lleva poco tiempo allí, así que sus dedos tamborilean sobre las teclas con cierta timidez, temerosos de que el señor Santos venga a cortarlos de un momento a otro. Gritan a voces las uñas, brillan rojas como previendo la gran catástrofe.

—¡A la mierda, a la puta mierda! —se sorprende Paula hablando para el cuello de su camisa o más bien para la entrada de su generoso escote. Es obvio que tiene que tomar una decisión, rápido, por no decir ya. No hay tiempo para reflexiones, cafés, charlas con amigos, teléfono de la esperanza... Nada vale más que su palabra en aquel momento. Y mierda ha sonado un poco más alto que el resto de la frase, obligando a sus tristes compañeros a levantar la vista de sus dedos bailarines y mentirosos sobre sus respectivos teclados. Aunque el ocio es bienvenido en aquel lugar, pronunciar mierda en voz casi alta no entra dentro de las normas de la empresa. Mari Luz frunce el ceño bajo las gafas y Martín se suena con estruendo, algo que nunca hace, en categórica protesta por la infame palabra. Alfonso se sobresalta de veras y tiene que meterse una pastilla bajo la lengua, e incluso el señor Santos, encerrado en su cubículo transparente al que es técnicamente imposible que llegue sonido alguno desde la sala de currantes, mueve nervioso unos papeles y de reojo mira a Paula. Mari Luz, Martín y Alfonso intercambian una mirada preocupada y llena, pero llena, de asco. Una mirada que parece decir: “esta niñata que lleva aquí dos días y quiere cambiarlo todo”. “Si ya me lo imaginaba yo con esos escotazos y esas faldas ridículas”, añade Mari Luz con los ojos. “Si estaba por llegar; una mujer así de... tan..”, intenta explicarse Martín, y Alfonso, que

es de pocas palabras, mira las tetas de Paula y no dice ni mú.

Capítulo 2

Y el caso es que Alfonso no siempre había sido así, ni mucho menos. De niño era el más parlanchín de la guardería, con una media lengua que encantaba a las monitoras que lo cubrían de besos y carantoñas. “Este niño es superdotado”, le decían a la madre de Alfonso que, a pesar de llevar poco tiempo siéndolo, estaba ya bastante harta de las peroratas del crío. En el colegio siguió la misma senda de pública oratoria y, años después, se convirtió en el adolescente más pesado de la Secundaria y se habría convertido en el charlatán por excelencia de la Universidad si acaso hubiese asistido a ella. Pero Alfonso, como ya se ha dicho, era despierto y observaba con horror como la gente lo evitaba, incluidos aquellos pobres padres, víctimas ellos de tanta incontinencia verbal. Así pues, todos los años de terapia auto infligida, de obligarse a cerrar la boca y escuchar y escuchar, educándose en el arte del silencio, volviendo a casa e hiriéndose el cuerpo con una hoja de afeitar para poder aguantar, lograron por fin su objetivo: quitarle el habla. Paradójicamente, se convirtió en un adulto silencioso, tanto que ahora la gente lo rehuía, incómoda, ante el vacío lingüístico que proporcionaba. ¡Cosas de la vida! Por eso Alfonso se sentía tan desubicado, perdido en un mundo que lo había doblegado enseñándole que el silencio era una virtud y después le gastaba la broma pesada de revelar que aquello no era ni de lejos cierto. Y una cosa llevó a la otra: trabajo en La Oficina, pasable, sin demasiadas complicaciones ni atención al público. Un apartamento minúsculo que había alquilado hacía tantos años que a veces pensaba que era de su propiedad. Y el resto: nada, nada, nada. Los amigos quedaban fuera de sus posibilidades: había que mantener largas conversaciones con ellos para animarlos, desanimarlos, aconsejarlos... estaba seguro de que nunca podría hacerlo y hacía mucho que había perdido el interés en la amistad. Amor, eso ni siquiera en sue-

ños lo contemplaba. Bueno, eso no era del todo cierto porque en realidad la mayoría de sus sueños, los recordase o no, tenían algo que ver con el amor. Pero claro, si la amistad era inviable, el amor era un imposible en su sentido más literal. En cuanto a la familia, no recordaba muy bien quiénes habían formado parte de una niñez que se le antojaba bastante feliz. Y toda esta situación, más bien triste desde el punto de vista de la humanidad en general, se resumía, a nivel práctico, en la asombrosa situación de este hombre: Alfonso no tenía teléfono. Ni televisión, ni radio. No soportaba hablar, pero tampoco escuchar. Asocial, sociópata de tomo y lomo, eran algunos de los calificativos con que habían deleitado sus oídos. Quizá tuviesen razón. Cabría pensar qué puede hacer un hombre de este siglo sin todo ese aparataje tecnológico que hace que la vida se pueda vivir; que consigue que el tiempo, tan corta es la vida, pase lo más rápido posible y ¡por favor!, en una vida que no sea real. Lo contrario sería ya el colmo de lo insoportable. Sin duda alguna, y tras analizar la situación, a Alfonso le pasaba algo: como mínimo le faltaban un par de tornillos.

Capítulo 3

Para Martín el día se había levantado ya de color hormiga al contemplar roncar aquella masa informe de carne bajo una mata de áspero cabello rubio oxigenado que, al darse media vuelta en la cama, había conseguido que el colchón se hundiese un poco más en su agonia. Su mujer, aquella belleza de otros tiempos, y ahora con la voz ronca de un marinero y el aliento más fétido que jamás alguien pudo soportar sin volverse loco, le dijo:

—Mañana viene mamá. Tenemos que salir a comprar en cuanto vuelvas de trabajar.

Y la hermosa mujer que fue en otros tiempos se giró de nuevo y expulsó una gran nube de gases que fue directamente a parar a la cara de Martín. Ahogado por las nauseas y el panorama que le esperaba a partir del día siguiente, fue corriendo al baño y se inclinó sobre el retrete. No salió nada, siempre le había costado mucho vomitar. Incluso se metió los dedos hasta la garganta sin éxito. Bajó la tapa del inodoro y se sentó. Tenía sudores fríos y el olor a metano había impregnado su camisa. Abrió la ventana para respirar aire fresco. El perfume de churros y tortilla de patatas del bar de abajo se coló como una damisela en apuros. Martín cerró de golpe la ventana y suspiró. Se echó un poco de colonia y lo empeoró todo más. Con la chaqueta al hombro salió de casa. Al menos en La Oficina nadie lo molestaría, a excepción del infalible olfato de galgo de Mari Luz quien, como mucho, frunciría el ceño bajo las gafas y esparciría el ambientador sin decir palabra. Aquello se podía soportar. Diría incluso que deseaba que ocurriese. A Martín la cotidianidad de La Oficina lo hacía sentirse seguro.